

Los últimos días de Federico García Lorca

EL TESTIMONIO DE ANGELINA

EL señorito Federico estaba solo en una habitación del Gobierno Civil. Casi no podía hablar con él, porque yo también tenía mucho miedo. Había un hombre armado que nos vigilaba. El primer día, nada más verme, me dijo el señorito Federico: «Angelina, ¿por qué ha venido usted?». Yo le dije: «Su madre me ha mandado, señorito». Y me contestó: «Pero no tenía que haber venido».

(Doña Angelina Cordobilla González fue el último enlace que Federico García Lorca tuvo con su familia durante los dos días y medio que permaneció detenido en el Gobierno Civil de Granada. Las primeras declaraciones de Angelina nos las ofrece Ian Gibson en su obra «La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca». José Luis Vila San-Juan, sin embargo, aunque hace mención en su reciente obra sobre el testimonio de Angelina no le concede mucha importancia. Hemos encontrado a Angelina en su nueva residencia de Maracena (Granada). La que fuera criada de don Manuel Fernández Montesinos —alcalde socialista de Granada, casado con Conchita García Lorca— tiene noventa años. Es una anciana adorable que habla, cose y, sobre todo, recuerda los días más decisivos de su vida de forma increíble para su edad. Angelina que hoy cuida pollitos para recreo de su bisnieto nos ha hablado durante dos días de sus recuerdos.)

—Yo no estaba sirviendo en casa de los García Lorca, sino con don Manuel Fernández Montesinos, cuñado de Federico. Mi hermana también trabajaba en aquella casa. Durante el mes que Manuel estuvo en la cárcel, antes de ser fusilado, yo le llevaba todos los días la comida desde la calle de San Antón. Con don Manuel no podía hablar ni verle. Solamente le dejaba el cesto con la comida. Al final conseguí que me dieran su reloj. El mismo día que fusilaron a don Manuel, el dieciséis de agosto de mil novecientos treinta y seis, devolvieron al señorito Federico en casa de los Rosales. Aquellos días pasamos un calvario... La señorita Conchita se quedó con tres niños pequeños: Vicente, Manolo y Conchita. Sus padres se vinieron a vivir esos días de la huerta de San Vicente, a la calle de San Antón, a casa de don Manuel, donde un padre capuchino vino a darnos la

noticia de la muerte de Fernández Montesinos. A Conchita, para que no estuviera presente, la habían llevado con sus hijos a la huerta de su tío (huerta de San Francisco).

—¿...?

—Sí. Yo no tenía ninguna obli-

gación. Don Federico (padre) tenía dos criadas. Pero encontraron confianza en mí para que fuera al Gobierno Civil.

«No quería comer»

—Unos días antes de todo esto, unos hombres habían venido a la casería (huerta de San Vicente) en busca del casero y de su hermano. Pasamos unos momentos muy desagradables... Maltrataron a los caseros delante de todos nos-

otros. Al señorito Federico le dieron un culatazo y le llamaron barbaridades. Dos hombres registraron la casa. Cuando me vieron

junto a la cuna de la niña (Conchita, hija de F. Montesinos), uno de ellos dijo que se «quedaba con "regomello" de irse sin registrar la cuna. Entonces yo levanté a la niña y le dije que no sintiera «regomello», porque allí no había nada, que en aquella casa no había armas que guardar. Así es que antes de que al señorito Federico se lo llevaran a casa de los Rosales, ya habíamos pasado...

—¿...?

—El día diecisiete, por la mañana, fui al Gobierno Civil a llevarle la comida al señorito Federico. Llevaba las cosas en un cesto. Solamente un termo con leche, una tortilla, un peacico de pan, tabaco y unos pañuelos. En la calle Duquesa tenía que hacer cola antes de entrar al Gobierno. Pregunté por el señorito Federico, y después de insistir me hicieron subir unas escaleras. Todo estaba muy vigilado, con hombres armados, como en guerra que estábamos. Me revisaron hasta la tortilla que llevaba.

El señorito no quería comer. Un hombre recuerdo que me dijo: «¡Qué lástima de hijo, qué lástima de padre!». Yo le ponía las cosas encima de la mesa. Lo único que había era eso: una mesa, un tintero, papel y una pluma. Federico no escribía. Ni tenía ganas de comer. Estaba muy bien vestido, con un traje flamante.

Al tercer día

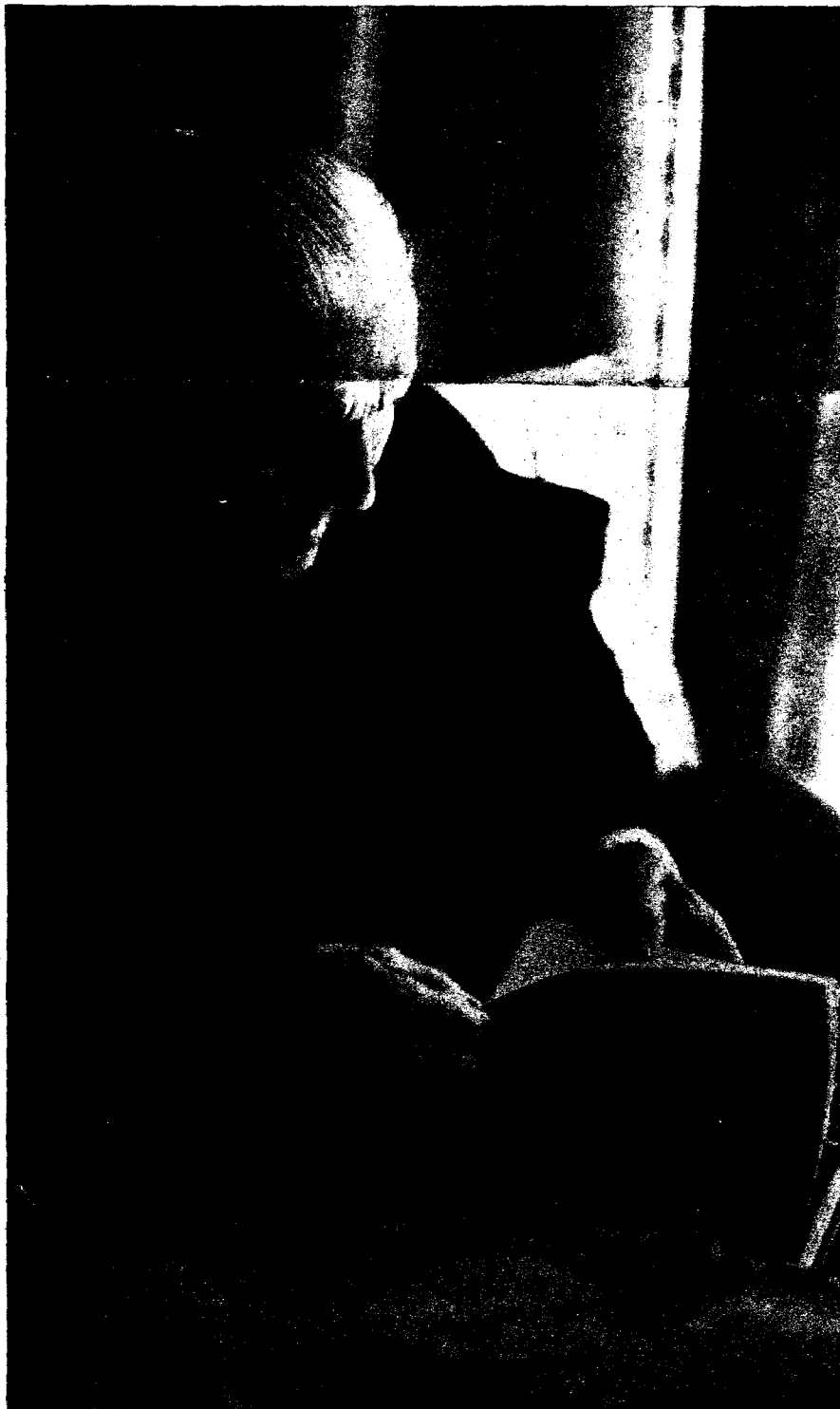
(Angelina, aunque no pierde ni un momento el hilo de la conversación, a veces se detiene a propósito para decir que no le gusta recordar y, sobre todo, se siente con miedo.)

—¿...?

—Fui durante dos días: el diecisiete y el dieciocho. Al tercer día, cuando iba de nuevo a llevarle el cesto al señorito Federico, un hombre me paró para decirme: «Al que usted va a llevar eso ya no está allí». Yo no sabía quién era ese hombre.

«Cuando llegué de nuevo al Gobierno Civil (en la mañana del día diecinueve) y pregunté, me dijeron: «García Lorca ya no está aquí». Pero subí a la habitación para recoger el termo y la servilleta que había llevado el día anterior. El señorito no había comido.

«Allí no me dijeron dónde podía estar. Les dije si podría encontrarse en la cárcel. Y en vista de que no me decían nada, me fui a campo través para subir a la cárcel. Ese camino lo conocía»



«Yo me pregunto muchas veces por qué harían tal cosa con este hombre. El señorito no podía hacer mal a nadie. El se pasaba todo el día escribiendo».

GARCIA LORCA

bien, porque lo había andado todos los días durante un mes.

«Cuando llegué a la cárcel, volví a preguntar. «Aquí no está. Como no sea que esté en celda...». No me dieron razón en ese momento, sino al día siguiente. Me dijeron que por allí no había pasado Federico García Lorca. Entonces me figuré...

(Según las versiones de Couffon y Gibson y la de Vila San-Juan, Federico García Lorca debió salir camino de Vízcar o bien la noche del 18 al 19 de agosto, o la del 19 al 20. Gibson recoge un párrafo de la partida de defunción del poeta granadino, redactada en 1940: «... falleció en el mes de agosto de 1936, a consecuencia de heridas producidas por hecho de guerra, siendo encontrado su cadáver el día veinte (sic) del mismo mes en la carretera de Vízcar a Alfácar». Este documento, que ha servido ahora para ilustrar la portada y contraportada de «García Lorca, asesinado: Toda la verdad», de Vila San-Juan, se encuentra en el Juzgado número 1 de Granada.)

«Hacia el bien»

—Yo me pregunto muchas veces —dice Angelina— por qué harían tal cosa con este hombre. El señorito Federico no podía hacer mal a nadie. El se pasaba todo el día escribiendo. Ese verano vino a Granada porque su padre quería que pasara unos días con la familia, ya que casi nunca estaba con ellos. Y el señorito se vino a pasar el día de San Federico.

»Yo no puedo hablar de ellos más que bien. Porque esa familia, lo mismo que la de don Manuel

F. Montesinos, era muy buena y cristiana. Porque yo creo que se puede ser de izquierdas y también ser una persona muy cristiana. De ellos no tengo más que buenos recuerdos. De gente que hacía el bien. Cuando murió mi marido, don Federico (padre) me dio siete mil pesetas para que le diera sepultura y sacara mi casa adelante. Yo le dije que ese dinero me lo descontara poco a poco de mi sueldo. Pero me dijo que no, que ese dinero era para mi casa, y el sueldo, aparte.

»Los frutos que se recogían en la huerta de San Vicente eran muchas veces para los pobres. Me acuerdo que una vez, don Federico le dijo a un hombre que vendía botijas que se quedara con las higueras para vender las brevas. Y de patatas, cuánta gente ha salido con los cestos llenos. Otra vez, el señorito Federico le dijo a su padre: «¿Qué podemos hacer nosotros con ese dinero que nos da la huerta?». Porque el señorito disfrutaba con dar todo lo que allí se criaba a la gente que no tenía.

«La casa de las alegrías»

(Angelina se entretiene repasando el libro biográfico de José Luis Cano sobre Federico García Lorca. Y viendo las fotografías, recuerda también los buenos ratos pasados con aquella familia.)

—Aquellas dos muertes tan seguidas, la de don Manuel y la del señorito Federico, acabaron con la familia. Era la casa de las alegrías, y terminó... El padre, ¡pobre!, se puso tan malo... No me gusta recordar tanta cosa. ¿Usted cree que me pasará algo?

—Han pasado muchos años —le digo.

—Usted cumplió con su deber, madre. Usted trabajaba. Llevar la comida a un preso no es ningún delito —le dice su hija Antonia.

—Eso digo yo. No he hecho mal a nadie.

—En todo caso, hizo una obra de caridad.

—Yo sufrí mucho. Fui al Gobierno Civil porque me lo dijo doña Vicenta y además porque esta familia es como de mi sangre. Yo sufrí mucho. Se me agarró un dolor de madre... ¿Sabe usted lo que es un dolor de madre?

—No, no...

—Es un pellizco que se agarra en el estómago. Dolor de vientre, descomposición... Así estuve muchos días después, de tanto pasar. Y así se puso don Federico. ¡Qué lástima de familia! Desde entonces, aquellas cosas me han quitado muchas noches el sueño. Cuando veo la televisión, que me gusta mucho, me entra también dolor de madre cada vez que veo una pistola, a un hombre disparar contra otro. Una guerra es una cosa que no se olvida, y más cuando le toca a una tan de cerca.

«Muerto el perro...»

—Yo he sufrido mucho. Por aquellos días, mi marido trabajaba en el hospital de San Lázaro y además estaba enfermo. Después de morir don Manuel Fernández Montesinos y el señorito Federico, despidieron a mi marido. «Muerto el perro, se acabó la rabia», le dijeron, y quedó en la calle. Pero teníamos otra recomendación para que entrara de nuevo. Y, sin embargo, la rompimos delante de las narices del

director del hospital, porque ya lo que no queríamos nosotros era verle ni estar allí. Al poco tiempo murió mi marido.

(Recuerdos que ya son Historia. Ahora, Angelina vive con los suyos. No recibe nada de nadie. «He pagado hasta los sellos que hacía falta para cobrar la vejez, pero no he conseguido que me den la paga».)

—Cuando al señorito Federico se lo llevaron a casa de los Rosales, nosotros nos fuimos a la calle de San Antón, a casa de Conchita. Ese mismo día, el dieciséis, murió don Manuel. A nosotros nos habían dicho que por nada del mundo dijéramos dónde había ido el señorito Federico. A mí me preguntaron. Y como yo sabía que sólo se lo podía decir a Dios, y a Dios lo conozco nada más que por los papeles, pues no lo dije. Pero amenazaron con matar a los padres de Federico si no se decía, y entonces alguien...

»Así pasaron las cosas... Y de todo, me dio tanta pena que los de Conchita. Yo los había visto nacer. Cuando sentíamos un bombardeo, ellos se metían debajo del piano.

»Después de la guerra no los he vuelto a ver. Solamente vi a Manolo hace unos años. Vino a verme cuando yo vivía en la Virgencica. En seguida le pregunté si llevaba el reloj de su padre: «Mírelo...», me dijo. Ya se puede imaginar lo que yo sentí. Ellos tuvieron que marcharse y yo continué mi vida con los míos.

«El corazón helado»

En su casa de Maracena, Angelina dice que pasa los días en su calvario: con un rosario de cuentas de huesos de olivas, estampas y santos de escayola. Cose, reza y cuida las macetas. De vez en cuando, con más frecuencia de lo que ella quisiera, piensa en el 36.)

—Yo lo he dicho muchas veces, como decía también el cónsul inglés: «Ese talento había que reservarlo». Federico no hacía más que escribir y escribir de sus cosas. Cuando venía a la huerta de San Vicente, se encerraba en su habitación, que llamaba «la barraca». El mismo había dicho que hicieran la azotea de la casa. Desde allí se veía el peñón de la Mata y Sierra Nevada. Y en sus ratos libres nos enseñaba a cantar coplas, como «De los cuatro muleros» o «Hacia Roma caminan/dos peregrinos/a que los case el Papa/porque son primos».

(Recita la copla con el corazón helado. A Angelina le ocurrió también, como a tantos españoles, sufrir con los versos de Antonio Machado: «Una de las dos Españas ha de helarte el corazón».) ■ A. R. E. Fotos: TORRES MOLINA.



«El señorito disfrutaba con dar todo lo que se criaba en la huerta de San Vicente a la gente que no tenía».